

El viento cuenta la historia de Waldemar Daa y sus hijas

El viento pasará sobre la hierba, y por ella correrá una ondulación, como por el agua; pasará sobre el campo de trigo, y este se agitará como el mar. Así danza el viento. ¡Y escucha sus relatos! Él los canta, y su voz suena de manera distinta: en el bosque de un modo, en las ventanas del desván, en las grietas y hendiduras de las paredes, de otro. ¿Ves cómo empuja por el cielo las nubes, cual rebaños de ovejas?

¿Oyes cómo aúlla en las puertas abiertas, como si un vigía tocara el cuerno? ¡Y qué extrañamente zumba en la chimenea, irrumpiendo en el hogar! La llama brota y se dispersa en chispas, iluminando los rincones más lejanos de la habitación, y sentarse aquí, escuchándolo, es cálido y tranquilo. ¡Que sea solo él quien narre! Conoce más cuentos e historias que todos nosotros juntos. Escucha pues, ¡comienza su relato!

«¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos!» —este es su estribillo.

—En la orilla del Gran Belt se alza un viejo castillo de gruesas murallas rojas —comenzó el viento—. Conozco allí cada piedra, las he visto todas, incluso cuando aún permanecían en las murallas del castillo de Marek Stig. El castillo fue demolido, y las piedras volvieron a utilizarse; con ellas levantaron nuevos muros, un nuevo castillo, en otro lugar: en la hacienda Borrebü, donde permanece hasta hoy.

Conocí también a nobles propietarios y propietarias del castillo; muchas generaciones se sucedieron ante mis ojos. ¡Ahora os contaré acerca de Waldemar Do y sus hijas!

Mantenía alta la cabeza; en sus venas corría sangre real. Y no solo sabía perseguir ciervos y vaciar copas, sino algo mejor aún, y qué era exactamente, «ya lo veremos», solía decir.

Su esposa, vestida con un traje de brocado, avanzaba con orgullo sobre el brillante suelo de mosaico. Lujosos eran los tapices de las paredes, cara había sido la elegante mobiliario tallado. Mucha vajilla de oro y plata trajo la señora como dote. En las bodegas se guardaba cerveza alemana, mientras allí hubiera algo que guardar. En las caballerizas relinchaban cuidadosos caballos negros. Vivían ricamente en el castillo de Vorrebü, mientras la riqueza aún se mantenía.

Los dueños tenían hijos: tres delicadas doncellas, Ida, Johanna y Anna Dorthea. Todavía recuerdo sus nombres.

Eran gente rica, noble, nacida y criada en el lujo. ¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos! —cantó el viento y prosiguió su relato—: Aquí no me ocurrió ver, como en otros antiguos castillos, que la noble señora se sentara junto a sus doncellas en el salón principal hilando. No, ella tocaba la sonora laúd y cantaba, y no solo antiguas canciones danesas, sino también extranjeras, en otras lenguas. Aquí había visitas y banquetes; los huéspedes llegaban desde lugares lejanos y cercanos, resonaba la música, tintineaban las copas, ¡y ni siquiera yo podía superarlas! Aquí campaba con estruendo y crujidos la soberbia; aquí había señores, pero no había alegría.

Era una tarde de mayo —continuó el viento—, yo venía del oeste. Vi cómo los barcos se estrellaban contra la costa de Jutlandia, pasé volando sobre el páramo de brezo y la verde costa boscosa, jadeante y resoplando, rugí sobre la isla de Fionia y el Gran Belt, y solo me tendí cerca de las costas de Selandia, junto a Borrebü, en un magnífico bosque de robles, que entonces aún estaba intacto.

Por el bosque vagaban muchachos de las aldeas cercanas recogiendo leña y ramas, las más grandes y secas. Regresaban con ellas al poblado, las apilaban, les prendían fuego y, cantando, comenzaban a bailar alrededor. Las muchachas no se quedaban atrás de los mozos.

Yo yacía quieto —relataba el viento—, y solo soplaba suavemente sobre una rama colocada por el muchacho más hermoso. Esta ardió, ardió más brillante que todas, y al muchacho lo llamaron rey de la fiesta, y él eligió entre las muchachas a su reina. ¡Cuánta diversión y alegría hubo, más que en el rico castillo señorial de Borrebü!

Mientras tanto, hacia el castillo se acercaba un carruaje dorado tirado por seis caballos. Dentro iban la señora y sus tres hijas, tres delicadas, jóvenes y preciosas flores: una rosa, un lirio y un pálido jacinto. La madre misma era como un tulipán exuberante y no respondía ni a una sola reverencia, ni a una sola inclinación con que la saludaban los campesinos que habían interrumpido su juego. El tulipán parecía temer romper su frágil tallo.

«Y vosotras, rosa, lirio y pálido jacinto —sí, las vi a las tres—, ¿de quiénes seréis reinas? —pensaba yo—. ¡Vuestro rey será un orgulloso caballero, o quizás incluso un príncipe!» ¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos! ¡Vuela más lejos!

Así, el carruaje pasó, y los campesinos reanudaron su danza. La señora realizaba su recorrido veraniego por sus dominios: Borrebü, Tjerebü, todos los pueblos de los alrededores.

Y por la noche, cuando me levanté —continuó el viento—, la noble señora se acostó para no volver a levantarse. Le sucedió lo que sucede a toda persona, nada nuevo. Waldemar Do permaneció varios minutos serio y pensativo. «El árbol orgulloso se dobla, pero no se quiebra», pensó. Las hijas lloraban, la servidumbre también se secaba los ojos con pañuelos. La señora Do partió apresuradamente de este mundo, y yo también volé más lejos. ¡U-u-uuu! —dijo el viento.

Regresé —a menudo regreso—, pasando sobre la isla de Fionia y el Gran Belt, y me tendí en la orilla del mar en Borrebü, cerca del magnífico bosque de robles. En él anidaban águilas pescadoras, palomas torcaces, grajos azules e incluso cigüeñas negras. Era principios de primavera. Algunas aves aún incubaban sus huevos, otras ya habían sacado sus polluelos. ¡Ah, cómo volaban, cómo gritaban las bandadas de pájaros! En el bosque resonaban golpes de hacha; los robles estaban condenados a ser talados. Waldemar Do planeaba construir un costoso barco, un navío de guerra de tres cubiertas, que el rey había prometido comprar. Por eso tumbaban el bosque, señal para los marineros, refugio para las aves. Volaban en círculos los alcaudones espantados, cuyos nidos habían sido destruidos. Las águilas pescadoras y demás aves del bosque perdían sus hogares. Giraban como locas por el aire, gritando de miedo y rabia. Yo las comprendía. Y las cornejas y grajos gritaban fuerte y burlonamente: «¡Ruina! ¡Fuera del nido! ¡Ruina! ¡Ruina!»

En medio del bosque, junto al grupo de leñadores, estaban Waldemar Do y sus tres hijas. Todos se reían de los salvajes gritos de las aves, todos excepto la menor, Anna Dorteia. Ella sentía lástima por los pájaros, y cuando llegó el turno de un roble medio seco, en cuyas desnudas ramas se cobijaba un nido de cigüeña negra con polluelos ya nacidos, ella pidió con lágrimas en los ojos que no talaran el árbol, y el roble fue perdonado por amor a la cigüeña negra. ¡Valía la pena discutir por un solo árbol!

Luego comenzó el aserrado y la tala: construían el barco de tres cubiertas. El propio constructor era de linaje modesto, pero de alma noble. Sus ojos y frente delataban inteligencia, y Waldemar Do escuchaba gustoso sus relatos. También los escuchaba embobada la joven Ida, la hija mayor, de quince años. El constructor, mientras edificaba el barco para Waldemar Do, construía también para sí mismo un castillo en el aire, en el cual él e Ida se sentaban uno junto al otro, como marido y mujer. Así habría sucedido, si su castillo hubiera tenido muros de piedra, con terraplenes y fosos, con bosque y jardín. ¡Pero dónde iba a atreverse un gorrión a mezclarse en la danza de las grullas! Por muy inteligente que fuera el joven constructor, seguía siendo un pobre. ¡U-u-uuu! Yo me fui, y él también se fue; no se atrevió a permanecer allí más tiempo, e Ida se resignó a su destino, ¿qué otra cosa podía hacer?...

En las caballerizas relinchaban los caballos negros; valía la pena mirarlos, y se los miraba. El almirante, enviado por el propio rey para inspeccionar y comprar el nuevo buque de guerra, admiraba en voz alta los fogosos corceles. Yo lo oí todo bien, pues entré tras los señores por las puertas abiertas y les esparcí bajo los pies paja dorada —relataba el viento—. Waldemar Do quería obtener oro, y el almirante deseaba los caballos negros; por eso los alababa tanto. Pero no fue comprendido, y el trato no se concretó. El barco siguió donde estaba, varado en la orilla, cubierto con tablas, como el arca de Noé a la que no le estaba destinado zarpar. ¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos! ¡Vuela más lejos! ¡Daba pena verlo!

En invierno, cuando la tierra yacía bajo la nieve, los hielos flotantes colmaban todo el Belt, y yo los empujaba hacia la orilla —decía el viento—. En invierno llegaban bandadas de cornejas y cuervos, unos más negros que otros. Las aves se posaban sobre el abandonado, muerto y solitario barco varado en la orilla, y graznaban roncas acerca del bosque destruido, de los queridos nidos saqueados, de las viejas aves sin hogar y de las jóvenes sin techo, todo por esa majestuosa chatarra: el orgulloso barco al que no le estaba permitido hacerse a la mar.

Yo formé un remolino de nieve, y la nieve se acumuló alrededor del barco y lo cubrió, como olas enfurecidas. Le hice escuchar mi voz y la música de la tormenta. Mi conciencia está limpia: hice mi trabajo, le enseñé todo lo que un barco debe saber. ¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos!

Pasó también el invierno. El invierno y el verano pasan, como paso yo, como pasa la nieve, como caen las hojas

florece los manzanos y caen las hojas. ¡Vuela más lejos! ¡Vuela más lejos! ¡Vuela más lejos! Lo mismo ocurre con los hombres...

Pero las hijas eran aún jóvenes. Ida seguía floreciendo como una rosa, igual que en aquel tiempo en que el constructor de barcos la admiraba. A menudo jugaba con sus sueltos cabellos rubios cuando ella permanecía pensativa bajo el manzano del jardín, sin notar cómo yo la cubría de flores. Ella miraba el sol rojo y el cielo dorado que se filtraba entre los árboles oscuros y los arbustos.

Su hermana, Johanna, era como un esbelto y brillante lirio; era orgullosa y altanera, y tenía la misma cintura fina que su madre. Le gustaba entrar en el gran salón donde colgaban los retratos de los antepasados. Las nobles damas estaban representadas con vestidos de terciopelo y seda y con gorros bordados de perlas que cubrían sus cabellos trenzados en coletas. ¡Qué hermosas eran! Sus maridos llevaban armaduras de acero o costosas capas forradas de piel de ardilla, con altos cuellos azules erguidos. No llevaban las espadas en la espalda, sino al costado del muslo. ¿Dónde colgará algún día el retrato de Johanna? ¿Cómo será su noble

esposo? En eso pensaba ella, eso murmuraban sin sonido sus labios. Yo lo escuché cuando irrumpí en el salón por el largo pasillo y, tras cambiar de dirección, volví corriendo hacia atrás.

Anna Dorothea, aún una niña de catorce años, era tranquila y pensativa. Sus grandes ojos azules como el mar miraban con seriedad y tristeza, pero en sus labios revoloteaba una sonrisa infantil. Yo no podía soplarla, ni tampoco quería hacerlo.

A menudo encontraba a Anna Dorothea en el jardín, en el camino y en el campo. Recogía flores y hierbas que podían servir a su padre: él preparaba con ellas bebidas y gotas. Waldemar Do no solo era arrogante y orgulloso, sino también sabio. Sabía mucho. Todos lo veían, todos murmuraban sobre ello. El fuego ardía en su chimenea incluso en verano, y la puerta estaba cerrada con llave. Pasaba días y noches encerrado, pero no le gustaba hablar de su trabajo. Las fuerzas de la naturaleza deben probarse en silencio. Pronto, muy pronto, hallaría lo mejor, lo más precioso: el oro puro.

Por eso salía humo de la chimenea, por eso crepitaba y rugía en ella la llama. Sí, sí, sin mí no habría sido posible, contaba el viento. «¡Llegará, llegará!, rugía yo por la chimenea. Todo se disipará en humo, hollín, ceniza y polvo. Te consumirás. ¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos! ¡Vuela más lejos!» Waldemar Do se mantenía firme en su propósito.

¿Adónde fueron los magníficos caballos de las cuadras? ¿Adónde fue la antigua vajilla de oro y plata de los armarios? ¿Adónde fueron las vacas de los campos, todas las riquezas y la hacienda? Sí, todo eso puede fundirse. Fundirse en el crisol de oro, pero sin obtener oro.

Quedaron vacías las despensas, las bodegas y los desvanes. Disminuyeron las personas, aumentaron los ratones. Un cristal de ventana estallaba aquí, se agrietaba allá, y ya no necesitaba entrar necesariamente por la puerta, contaba el viento. Donde humea una chimenea, se prepara comida, pero aquí humeaba una chimenea que devoraba toda la comida en busca del oro puro.

Yo rugía en las puertas de la fortaleza como un vigilante que toca el cuerno, pero ya no había vigilante, contaba el viento. Giraba la veleta de la torre y esta chirriaba como si un vigilante roncase en la torre, pero tampoco allí había vigilante: solo había ratas y ratones. La pobreza ponía la mesa, la pobreza se instaló en los armarios de ropa y en las alacenas, las puertas se salían de sus goznes, por todas partes aparecieron grietas y hendiduras, yo entraba y salía libremente, contaba el viento, por eso sé cómo fue todo.

Por el humo y la ceniza, por las preocupaciones y las noches sin dormir, se encanecieron la barba y las sienes del dueño de Borreby; su rostro se volvió amarillo y surcado de arrugas, pero sus ojos seguían brillando a la espera del oro, del ansiado oro.

Yo le soplabo humo y ceniza al rostro y a la barba. En lugar del oro llegaron las deudas. Yo silbaba en las ventanas rotas y en las grietas, apagaba el aire dentro de los cofres de las hijas, donde yacían sus vestidos desteñidos y gastados, que debían llevar sin fin, sin cambio. Sí, no era esa la canción que cantaron a las muchachas junto a la cuna. La vida señorial se convirtió en vida miserable. Solo yo cantaba allí a pleno pulmón, contaba el viento. Cubrí todo el castillo de nieve; dicen que bajo la nieve hace más calor. No había de dónde tomar leña, pues el bosque había sido talado. Y el frío crujía sin cesar. Yo recorría todo el castillo, me colaba por las ventanas del desván y los pasillos, jugarrear sobre el tejado y los muros. Las hijas de alta cuna se escondían del frío en sus camas, el padre se metía bajo la manta de piel. Ni comida ni leña: ¡así era la vida señorial! ¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos! ¡Llegará, llegará! Pero al señor Do le parecía poco.

«Tras el invierno vendrá la primavera, decía. Tras la necesidad vendrá la abundancia. Solo hay que esperar un poco, esperar. La hacienda está hipotecada, ahora es el momento preciso para que aparezca el oro, y aparecerá para la fiesta.»

Oí cómo susurraba a la araña: «Tú, diligente tejedora pequeña, tú me enseñas la paciencia. Si rompen tu tela, comienzas de nuevo y llevas tu labor hasta el final. Si la rompen otra vez, tú, sin desanimarte, vuelves a empezar. Desde el principio, desde el principio. Así debe ser. Y al final serás recompensada.»

Pero llegó el primer día de Pascua. Sonaron las campanas, brilló el sol en el cielo. Waldemar Do trabajó febrilmente toda la noche, hirvió, enfrió, mezcló, sublimó. Oí cómo suspiraba desesperado, oí cómo rezaba, oí cómo contenía la respiración. Su lámpara se apagó, pero él no lo notó. Yo avivé las brasas, que proyectaban un resplandor rojo sobre su rostro pálido como la tiza, con los ojos profundamente hundidos. De pronto, sus ojos comenzaron a agrandarse cada vez más y pareció que iban a saltar de sus órbitas.

¡Miren el vaso del alquimista! Algo centellea en su interior. Arde como ascua, puro y pesado... Él alza el vaso con mano temblorosa y exclama con voz trémula: «¡Oro! ¡Oro!» Se le nubló la cabeza; yo podría haberlo derribado con un solo sople, contaba el viento, pero solo soplé sobre las brasas y lo seguí hasta la habitación donde tiritaban sus hijas. Su jubón, su barba, sus cabellos despeinados estaban cubiertos de ceniza. Se enderezó y levantó alto el tesoro encerrado en el frágil vaso. «¡Lo encontré! ¡Lo obtuve! ¡Oro!», gritó, y les tendió el vaso que relucía al

sol, pero entonces su mano titubeó, el vaso cayó al suelo y se hizo mil pedazos. La última burbuja de jabón de la esperanza reventó... ¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos! Y yo me alejé del castillo del alquimista.

A finales del otoño, cuando los días se acortan y la niebla llega con su trapo mojado y exprime gotas sobre las bayas y las ramas desnudas, regresé fresco y vigoroso, ventilé y barrí el cielo de nubes y, de paso, quebré las ramas podridas; no es un trabajo extraordinario, pero alguien debe hacerlo. En el castillo de Borreby también estaba limpio, como si lo hubieran barrido, aunque de otro modo. El enemigo de Waldemar Do, Ove Ramel de Basnæs, llegó con la escritura de hipoteca sobre la hacienda: ahora el castillo y todos los bienes le pertenecían. Yo golpeaba las ventanas rotas, hacía chirriar las puertas viejas, silbaba en las grietas y agujeros: «¡U-u-uuu! Que al señor Ove no le apetezca quedarse aquí!» Ida y Anna Dorothea rompían en amargo llanto; Johanna permanecía erguida con orgullo, pálida, mordiendo su dedo hasta sangrar. Pero ¿de qué servía? Ove Ramel permitió al señor Do vivir en el castillo hasta su muerte, pero ni siquiera le dieron las gracias por ello. Yo lo oí todo, vi cómo el noble sin hogar alzaba orgullosamente la cabeza y se enderezaba. Entonces azoté con tal fuerza el castillo y los antiguos tilos que quebré una rama gruesísima y nada podrida. Cayó junto a la puerta y quedó tendida como una escoba, por si hacía falta barrer algo. Y barrieron: a los antiguos dueños.

Fue un día pesado, una hora amarga, pero ellos estaban decididos y no inclinaban la espalda. No les quedaba nada excepto lo que llevaban puesto y el nuevo vaso que habían comprado, en el cual recogieron del suelo los restos del tesoro que tanto prometió y nada dio. Waldemar Do lo guardó contra su pecho, tomó un bastón en la mano, y así, el antes rico dueño del castillo salió con sus tres hijas de Borreby. Yo refrescaba con mi aliento sus mejías ardientes, acariciaba su barba y sus largos cabellos canosos y cantaba, como sabía: «¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos! ¡Vuela más lejos!»

Ida y Anna Dorothea caminaban junto a su padre; Johanna, al salir por la puerta, se volvió. ¿Para qué? La felicidad no se vuelve. Miró los muros rojos, levantados con las piedras del castillo de Marek Stig, y recordó a sus hijas. Y la mayor, tomando de la mano a la menor, se puso a vagar con ella por el mundo.

¿Recordaría Johanna esta canción? Aquí había tres desterradas, y un cuarto: el padre. Y ellos se arrastraron por el camino,

por la cual, antaño, iban en carruaje, se arrastraron hasta el campo de Smidstrup, hacia una mísera choza de adobe que alquilaron por diez marcos al año, —nueva finca señorial, paredes vacías, vajilla vacía. Cuervos y grajos volaban sobre ellos y

graznaban burlones: «¡Quiebra! ¡Quiebra! ¡Ruina! ¡Quiebra!», tal como gritaban las aves en el bosque de Borrebü cuando los árboles caían bajo los golpes de las hachas.

El señor Do y sus hijas comprendían perfectamente esos gritos, aunque yo les soplara en los oídos con todas mis fuerzas: ¿valía la pena escuchar?

Así entraron en la choza, mientras yo me lancé sobre los pantanos y los campos, sobre los arbustos desnudos y los bosques despojados, hacia el mar abierto, hacia otros países. ¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos! ¡Vuela más lejos! Y así, año tras año.

¿Qué fue entonces de Waldemar Do, qué fue de sus hijas? El viento lo cuenta:

—La última a quien vi fue a Anna Dorteia, el pálido jacinto; ya era una anciana encorvada, pues habían pasado□□ cincuenta años. Sobrevivió a todos y lo supo todo.

En el páramo de brezo cerca de la ciudad de Viborg se alzaba una nueva y hermosa casa del párroco: muros rojos, frontón dentado. De la chimenea salía un humo espeso. La mansa esposa del cura y sus bellas hijas estaban sentadas junto a la ventana, mirando por encima de los arbustos de espino del jardín hacia el páramo parduzco. ¿Qué veían allí? Veían un nido de cigüeña adherido al techo de una cabaña medio derruida. Todo el tejado estaba cubierto de musgo y ajo silvestre, y lo que principalmente cubría la cabaña no era el techo, sino el nido de la cigüeña. Y solo eso se reparaba: el propio cigüeño lo mantenía en orden.

A aquella cabaña solo se la podía mirar, ¡pero de ningún modo tocar! Incluso a mí me tenía que soplar aquí con precaución, —contaba el viento—. Solo por el nido de la cigüeña dejaban en el páramo semejante ruina; de otro modo, ya la habrían demolido hacía tiempo. La familia del párroco no quiso expulsar a la cigüeña, y así la cabaña permaneció en pie, y en ella vivía una pobre anciana. Debía su refugio al ave egipcia, o quizás fuera al revés: la cigüeña le debía a ella el haber intercedido en su día por el nido de su hermano negro, que vivía en el bosque de Borrebü. En aquellos tiempos, la mendiga anciana había sido una tierna niña, un pálido jacinto de un florero de alta estirpe. Anna Dorteia lo recordaba todo.

«¡Ay, ay! —Sí, también los humanos suspiran como el viento entre los juncos y las espadañas—. ¡Ay, ay! No sonaron las campanas sobre tu tumba, Waldemar Do! ¡No cantaron los pobres escolares cuando al dueño sin hogar de Borrebü lo bajaban a la tierra!... Sí, todo, todo tiene su fin, ¡incluso la desgracia!... La hermana Ida se casó con un campesino. Eso fue precisamente lo que dio al padre el golpe más cruel... El marido de su hija: un miserable siervo a quien el señor puede poner en

el potro. Ahora él también, probablemente, está bajo tierra, y la hermana Ida también. ¡Sí, sí! Solo a mí, la pobre, el destino no me envía ningún final».

Así hablaba Anna Dorteia en la mísera cabaña, que se mantenía en pie únicamente gracias a la cigüeña.

Bueno, ¡de la más sana y valiente de las hermanas me ocupé yo mismo! —continuó el viento—. Ella se vistió con un traje que le gustaba más: se disfrazó de muchacho y se alistó como marinero en un barco. Era escasa de palabras, severa de aspecto, pero no huía del trabajo; solo que no sabía trepar. Así que yo la soplé al agua antes de que descubrieran que era mujer, —¡y bien hice!

Era el primer día de Pascua, igual que entonces cuando a Waldemar Do le pareció haber recibido oro, y yo oí bajo el techo con el nido de la cigüeña un canto, la última canción de Anna Dorteia.

En la cabaña no había ni siquiera una ventana, sino simplemente un agujero redondo en la pared. Como un pepita de oro, el sol ascendió y llenó la cabaña. ¡Qué resplandor! Los ojos de Anna Dorteia no lo soportaron, tampoco lo soportó su corazón. Por lo demás, el sol no tuvo culpa; si no la hubiera iluminado aquella mañana, habría ocurrido lo mismo.

Por merced de la cigüeña, Anna Dorteia tuvo techo sobre su cabeza hasta el último día de su vida. Yo canté también sobre su tumba y sobre la tumba de su padre; sé dónde están ambas, y nadie más lo sabe salvo yo.

Ahora han llegado nuevos tiempos, ¡otros tiempos! El antiguo camino real termina ahora en un campo cercado; uno nuevo pasa por encima de las tumbas, y pronto pasará por aquí un tren de vapor, arrastrando tras de sí una hilera de vagones y tronando sobre las tumbas, tan olvidadas como los nombres. ¡U-u-uuu! ¡Vuela más lejos!

He aquí toda la historia de Waldemar Do y sus hijas. ¡Que la cuente mejor quien pueda! —concluyó el viento, y giró hacia otro lado.

Y su rastro desapareció.